

Lunes 30 de Abril de 1923

**!QUE HABLE!**

Todo lo dicho o escrito pidiendo que el Presidente embalse sus facultades oratorias, ha resultado una solemne plancha.

Es la ciencia, por boca del profesor Freud, llamado el Einstein de la psicología, quien se encarga de demostrar que la palabra constituye, en muchos casos, una válvula de escape, un procedimiento de eliminación de las ideas nocivas o enfermizas. Según él las personas afectadas de obsesiones "sanar hablando, expulsando sus imágenes como expulsarían un microbio".

Es un error, un profundo error tratar de impedir esa saludable y útil secreción oratoria, como lo sería impedir a un hombre resfriado, la transpiración por molesta y desagradable que ella sea.

Por cierto que no es muy divertido para un país tener un mandatario sometido a este régimen eliminatorio, del mismo modo que no lo es permanecer a la cabecera de un paciente que ha tomado un sudorífico; pero no sería humano poner obstáculos a la curación de uno u otro, so pretexto de que tal tratamiento contraría los gustos más o menos delicados de quienes deben acompañarlo y soportarlo.

Máquina, al fin, el cuerpo no respeta en sus funciones los dictados de la estética; pero la abnegación caritativa del que vela junto al lecho - y en este caso estamos todos - se desentiende de las miserias terrenales, para ver sólo un ser que sufre.

El paciente nervioso y azorado agita las manos y habla. Las imágenes más raras y atrevidas, los conceptos más incongruentes, las ideas más absurdas se escapan de su boca. **!Tanto mejor! No hay que fijarse en las palabras. Cada una de ellas es una toxina.**

Ya lo ha dicho el doctor Freud y **!qué inmensos horizontes ha abierto en los dominios de la psicología!**

Lo que antes se llamaba indiscreción, ha pasado a ser ahora un régimen terapéutico; lo que era un mal discurso, es pura y simplemente una eliminación, y lo que se miraba como perturbaciones del criterio, pueden no ser otra cosa que una retención oratoria.

Lo único dañino y peligroso es el silencio. La reserva no es higiénica y puede constituir un peligro gravísimo para la salud del obsecado. Tal vez por esa razón los actos peores son los "jamás se cuentan, los únicos amores incurables los que no pueden decirse, y los hombres más temibles los que actúan sin confiar a otros sus proyectos.

En cambio la palabra siempre es beneficiosa. Si es razonable sirve a todos y si es disparatada hace bien al que la expulsa o elimina.

Para el profesor Freud, la superabundancia oratoria, lejos de ser un mal, es un principio de mejoría; y la verbosidad que suele ser la consecuencia de un estado patológico, es también su remedio.

¿Se podrá de tal teoría, sacar la consecuencia de que todas las personas extremadamente afectas a la oratoria son enfermas? ¿Sería este el mal de que padece Su Excelencia?

No lo creo; pero la sola duda obliga a no pedirle silencio.

Lo demás, sería cargar la conciencia con una grave responsabilidad, ya que, según el distinguido profesor americano, hablar a nadie hace daño; Si es sano se da gusto, y si es enfermo se mejora.

En todo caso, hay que oírle con paciencia, y, cuanto peor se le encuentre, escucharlo con mayor resignación.

Más aún - si así se piensa,- no basta la resignación. Es preciso cooperar al régimen curativo, tratar de provocar por cuantos medios sean posibles la eliminación, a fin de que la mejoría se produzca cuanto antes.

Los mítines ante la Moneda, las conferencias internacionales, las visitas a otros presidentes, los debates políticos, todo, en fin, lo que pueda provocar la oratoria y por ende la secreción de las palabras tóxicas - incluso al pan con vino - debe ensayarse en este caso.

Se trata al fin y al cabo de una obra patriótica. Al presidente le quedan, aún, dos años de gobierno, y si en el curso del primero lograra decirlo todo, y actuar durante el segundo, podría pasar a la historia como un gran mandatario.

El señor Alessandri es un alumno bastante aprovechado como para alcanzar a hacer cinco años en uno.

Y si para ventura o desgracia del país, la teoría del doctor Freud es tan errónea como sana la elocuencia del señor Alessandri, nada se habría perdido con el tratamiento.

Repetamos todos, como en los comicios: ¡que hable! ¡que hable!

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile